

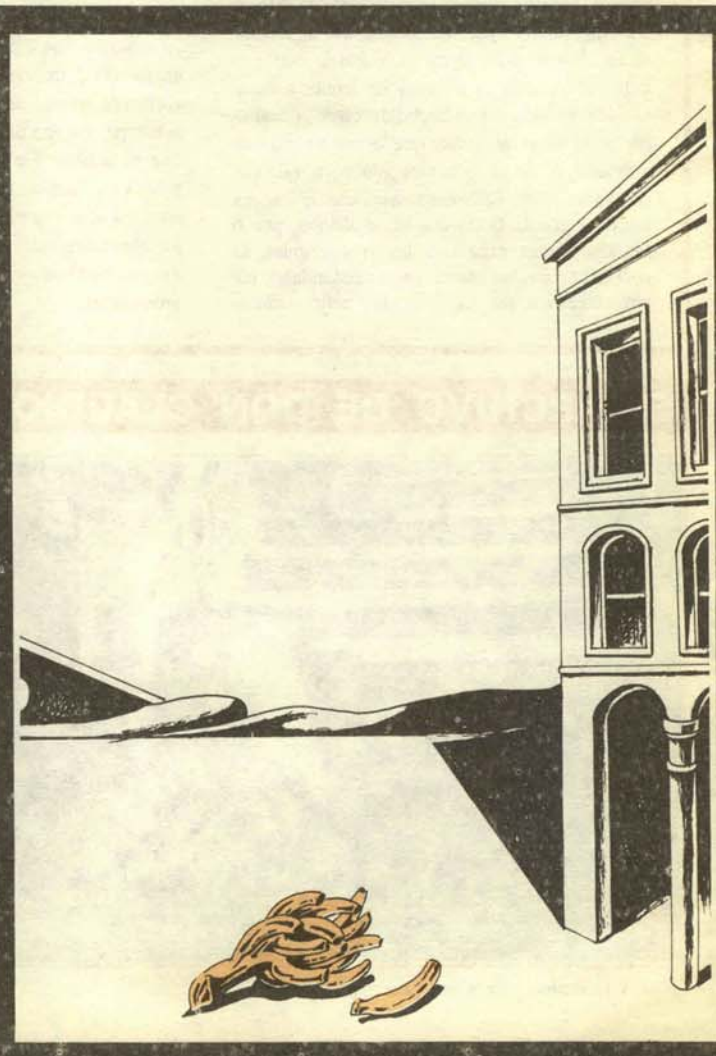
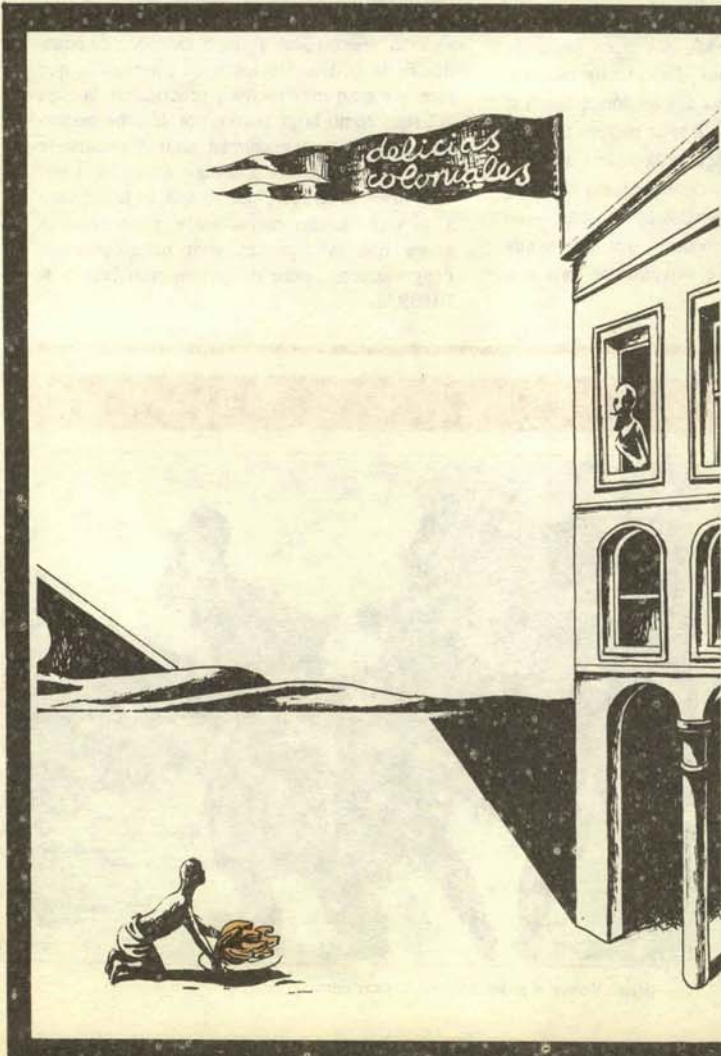
EL ESPECULADOR

El especulador tiene su maletín de especular y fugar capitales. Como le gusta hacer las cosas bien, a la fuga suele acompañar la tocata. Para esta tocata y fuga, le vemos reunido con una cantante de fados portugueses, que es la que le plancha los billetes de mil y la que le hace hombre. El especulador tiene bigote teñido, por lo general, abrigo con cuello de piel, tipo banquero, y un braguero para la hernia. En la hernia es donde esconde el número de su cuenta corriente en la Banca suiza, así como el saldo de la cuenta. Cuando el saldo va muy abultado, la hernia se le estrangula, pero él sigue.



LA RETRO

LO malo de la retro es que es retro de verdad. Cuando la de quince se viste de retro, la cosa cambia y uno se la comería a hijos. Pero cuando la retro es retro de alma y de cuerpo, tenemos lo que antes se llamaba solterona, y que ahora liga, pero a destiempo, con veinte años de retraso. La retro tiene una revolución sexual pendiente, como el señor ese que habla siempre en los discursos de las revoluciones pendientes. La retro se pone sombreros de lámpara, se pinta la boca sobre lo ajado y usa lencería negra para realizarse cada tarde. La retro tiene michelines, manguito, medias de malla y unos muslos que engañan, porque lo que les sobra de perímetro les falta de consistencia. Pero a falta de progres, buenas son retros.





EL ASOCIACIONISTA

AHI está el asociacionista. Hele. Con el monóculo de Spínola, el yo-yo de Nixon y una escafandra para lo que haga falta, haciendo de radiestesista para encontrar cinco mil españoles para el futuro que quieran apuntarse a lo suyo. Va de buena fe, cree en el país, tiene más moral que el Alcoyano en Alcoy y habla todos los días por teléfono con Sebastián Auger, Ignacio Camuñas, Anepa, Tácito, Desiderio, Içona (aunque eso debe ser otra cosa) y Cambio 16. Conserva el bigotillo retro, la pajarita orteguiana, y está lleno de cables por dentro, como cicatrices, que son recuerdo de viejos enchufes de postguerra. Allá él.



LA SEÑORA BIEN

LA señora bien, con pluma en el sombrero, colorete en su sitio o fuera de su sitio, lutos, blondas, gasas y encajes, boquilla y collares, tiene sus pobres seleccionados por Cáritas y es presidenta de muchas cosas. Ha nacido para presidir tómbolas, roperos, rifas, rastrillos, mesas petitorias y mesas familiares. La señora bien lee periódicos con grapa, desayuna en la cama, hace compras por Serrano de doce a una, almuerza con el marido, que es jubilado del Imperio, y con la hija estrecha, que las otras no almuerzan en casa. Por la tarde viste a los pobres, visita a los enfermos y habla de dividendos con otras señoras bien, mientras incrementan la producción de tartitas y de nata. O ve un vodevil y dice qué horror, qué crudo. Por la noche ora, juega a la canasta, duerme y espera al marido, que está en el Casino de Madrid haciendo quinielas o listas de ministrables. Es una santa.

